

aquella ciudad, porque queria juzgar por sus propios ojos de la importancia de la plaza, los trabajos que era preciso añadir para que fuese inespugnable, y los recursos que de allí podian sacarse para la manutencion del ejército.

Inmediatamente mandó conducir á Elbinga diez y ocho mil quintales de trigo, para surtir los exhaustos almacenes de aquella ciudad, que ya habia proporcionado ochenta mil quintales de grano, envió un millon de botellas de vino á los cuarteles del Passarge, vió todos los trabajos del sitio, aprobó lo que se habia hecho, elogió y mucho al general Chasseloup, así como que se hubiese atacado por Hagelsberga, premió espléndidamente á los oficiales del ejército, y se propuso indemnizarlos bien pronto, con regalos magníficos, de todo el botin que les habia prohibido recoger con tanta prudencia como nobleza, confiando al general Rapp el gobierno de Dantzic. En seguida resolvió nombrar al mariscal Lefebvre duque de Dantzic, y añadir á este titulo una soberbia dotacion, para lo cual escribió á Mr. Mollien, mandando comprase con fondos del tesoro del ejército unas tierras con su castillo, que produjesen 100,000 libras de renta líquida, y formáran la dotacion del nuevo duque. Tambien encargó á Mr. Mollien comprase unos veinte castillos, que hubiesen pertenecido á familias antiguas, y estuvieran situados hasta donde fuese posible en el Occidente á fin de regalarlos á los generales que estaban prodigando su sangre por él; de suerte que trataba de renovar la aristocracia de Francia, como renovaba las dinastias de Europa, con la punta de la espada, convertida en sus manos en una especie de varita de vir-

tud, de la cual se desprendian gloria, riquezas y coronas.

Despues dió las órdenes necesarias para reparar sin detencion las obras de Dantzic, colocando en ella de guarnicion los regimientos números 44 y 49 de línea, que habian sufrido mucho durante el sitio, y quiso que allí se reuniesen todos los regimientos provisionales que no tuvieran tiempo de llegar al ejército antes que se hubiera dado principio otra vez á las operaciones ofensivas. Luego encargó la custodia del fuerte de Weichselmünde á la legion del Norte, cuyo entusiasmo y fatigas habian sido estremados, y cuya fidelidad no podia ponerse en duda; mandó repartir en Nehrung parte de las tropas alemanas, y dispuso que los sajones, que eran muy buenos soldados, pero que necesitaban servir en nuestras filas para que nos tomasen cariño, se reuniesen con el cuerpo de Lannes, que ya habia regresado al Vistula; y á los polacos, á quienes deseaba aguerrir, que se incorporasen á las tropas de Mortier, destinado tambien á dirigirse al Vistula. En cuanto á los italianos, se quedaron en el bloqueo de Colberga, y los demás polacos en el de la ciudadela de Grandentz, puntos de escasa importancia, que nos faltaba aun que tomar.

Así que Napoleon regresó á Finkenstein, dispuso todas las cosas para volver á empezar las operaciones ofensivas á principios de junio, porque las astutas negociaciones de Austria no produjeron otro resultado que hacer inevitable se decidiese la cuestion por medio de las armas. La oferta de intervencion por parte de aquella córte, que Napoleon aceptó con desconfianza y sentimiento,

aunque con urbanidad, fué hecha tambien inmediatamente á Inglaterra, Prusia y Rusia; pero como aun cuando la política del nuevo gabinete inglés estaba muy lejos de inclinarse á la paz, no podia preferir abiertamente desde luego la guerra. Mr. Canning contestó por lo mismo, como ministro de negocios estraangeros que era, que la Gran Bretaña aceptaba con gusto la intervencion de Austria, y seguiria en aquellas negociaciones el ejemplo de las córtes aliadas Prusia y Rusia.

La respuesta de esta última fué la menos amistosa de las tres, debiendo decir antes de todo que el emperador Alejandro se habia trasladado al cuartel general de su ejército, que estaba en Bartenstein, sobre el rio Alla, y que el rey de Prusia fué á reunirse con él, dejando á Königsberg. La guardia imperial, que habia salido de San Petersburgo hacia poco, y numerosos reclutas sacados de las provincias mas remotas del imperio, proporcionaron al ejército ruso un refuerzo de treinta mil hombres, y repararon las pérdidas que sufrió en Pultusk y Eylau, porque engañado el jóven czar con las ridiculas exageraciones del general Benningsen, llevadas hasta mas allá de lo que permite el deseo de animar á los soldados, á su pais y á su soberano, casi creia que nos habia vencido en Eylau, y se inclinaba á probar de nuevo la suerte de las armas. El rey de Prusia, al contrario, que mantenia relaciones con Napoleon por mediacion de Duroc, conocia mejor las disposiciones del vencedor de Jena, y se inclinaba al parecer á entrar en tratos, con la condicion de que le devolviesen la mayor parte de su reino. Por lo demás, no se hacia ilusiones acerca de los triunfos conse-

guidos por la coalicion, pues viendo que los franceses habian conquistado la principal plaza de sus estados, delante del ejército ruso, reducido á no poder oponerse á ello, no podia persuadirse que dentro de poco se habian de hallar en situacion de arrojar á Napoleon hácia el Vistula y el Oder (1). Opinaba, pues, por la paz; pero infatuado el emperador Alejandro con sus pretendidas ventajas, á que daba no obstante un mentís notorio la toma de Dantzig, afirmó al rey Federico Guillermo que antes de poco se le restituiria todo su patrimonio, sin que perdiese una provincia siquiera, restableciéndose además la independencia de Alemania, y que para ello habia con ganar una batalla, pues así que sucediese esto, se decidiria Austria, con lo cual se aseguraba la pérdida de Napoleon y la libertad de Europa. Federico Guillermo se dejó, pues, llevar de nuevas sugestiones, parecidas y no poco á las que le sedujeron en Postdam, y la intervencion de Austria fué negada en la realidad, aunque aceptada en la apariencia, porque se contestó que los dos soberanos se alegrarian mucho de que se hiciese la paz en Europa, gracias á la bondadosa intervencion de Austria, pero que antes querian saber las bases que sentaba Napoleon para entrar en tratos con las potencias aliadas.

(1) Es muy difícil saber con exactitud lo que sucedió entre aquellos soberanos, que vivian en un trato tan estrecho, y no confiaban á los que tenian á su lado sus ocultos intentos; pero por las comunicaciones que la córte de Prusia pasó á varias otras córtes alemanas de segundo y tercer órden, se ha sabido lo que aconteció en el cuartel general. Además, lo que refiero aqui está tomado de lo que la misma reina de Prusia dijo á un diplomático respetable de aquel tiempo.

Aquella respuesta evasiva no dejaba la menor duda de que iba á continuar la guerra, de suerte que causó sumo disgusto á Austria, cuya nacion perdía el medio de poder mezclarse en la reyerta para terminarla á su antojo, ya con el auxilio de las armas si Napoleon sufría algun revés, ya por medio de la paz cuyo árbitro sería aquel gabinete, si el emperador continuaba siendo dichoso. Sin embargo, no quiso abandonar la intervencion, por no dejar ver que habia sido derrotada, y comunicó á Napoleon las contestaciones que habia recibido, pidiéndole aclarase las dudas que al parecer impedían diesen principio á las negociaciones las potencias beligerantes. Mr. de Vincent fué quien se encargó de proseguir aquellas conferencias, pero tuvo que hacerlo por escrito, pues permanecia en Varsovia, mientras que Mr. de Talleyrand se hallaba al lado de Napoleon en Finkenstein.

Aquel desenlace agradó á Napoleon, que veía con mucho temor la intervencion de Austria; pero insistiendo sin embargo en no cargar con la responsabilidad de negarse á hacer la paz, contestó que estaba pronto á entrar en el camino de las concesiones, con tal que se concediese á España, Holanda y la Puerta, una cosa equivalente á lo que él se proponia devolver, añadiendo que designasen un sitio para reunir en él un congreso, y enviaria plenipotenciarios sin tardanza alguna.

Empero la intervencion se habia frustrado, porque se necesitaban muchos meses para que semejantes conferencias fuesen á parar á un fin cualquiera, y tenia esperanzas de poner término á la guerra á los pocos dias de hacer buen tiempo.

Efectivamente todo estaba dispuesto por am-

has partes para proseguir las hostilidades con la mayor energía, y los dos soberanos reunidos en Bartenstein, habian contraído mutuamente las obligaciones mas solemnes, comprometiéndose á no deponer las armas hasta que no estuviese vengada la causa de Europa, y hubiésemos devuelto todos los estados prusianos. Para ello firmaron en dicho punto un convenio en que se obligaban á no obrar sino de comun acuerdo, ni tratar con el enemigo por separado uno de otro, diciendo que sus esfuerzos no tenían por objeto menguar el poderío de Francia, sino emancipar á las potencias de primero y segundo orden que la misma Francia habia reducido á un estado de humillacion. Tambien decian que iban á pelear para hacer que evacuásemos á Alemania, Holanda y aun Italia, si Austria se reunia con ellos, con el fin de restablecer á falta de la antigua confederacion germánica, una nueva constitucion federativa, que asegurase la independencia de todos los estados alemanes y una influencia racional por parte de Austria y Prusia en Alemania. Por lo demas la estension de las reparaciones proyectadas dependia, de los triunfos que alcanzase la coalicion, la cual firmó otros convenios, tanto con Suecia, como con Inglaterra, cuya última nacion, como mas interesada que nadie en continuar la guerra y que hasta entonces se habia aprovechado de los esfuerzos de las potencias sin hacer ella ninguno, habia prometido subsidios y tropas de desembarco. Su avaricia cuando se trataba de los espesados subsidios indispuso al rey de Suecia, hasta el punto de que este príncipe se disgustó de la cruzada que siempre habia soñado podria intentar contra Fran-

cia; pero sin embargo con ayuda de Rusia, se sacó á Inglaterra 1.000,000 de libras esterlinas para Prusia, una dotacion anual para los suecos empleados en Pomerania, y un compromiso de enviar á Stralsund un cuerpo de veinte mil ingleses. Prusia se comprometió por su parte á enviar al mismo Stralsund ocho ó diez mil prusianos, que unidos á los veinte mil ingleses y á quince mil suecos, debian formar á espaldas de Napoleon un ejército respetable, y tanto mas de temer para él, cuanto que se cubria con el velo de la tregua que firmó el mariscal Mortier.

A pesar de que se dió parte á Austria de todos estos convenios, no abandonó su sistema, ademas de que la toma de Dantzig, que atestiguaba la impotencia de los rusos, unida á todo lo que se sabia en Viena acerca de la situacion en que se hallaban los ejércitos beligerantes, bastaba para que aquella córte no abandonase su plan de estar á la expectativa.

De consiguiente, Alejandro y Federico Guillermo tenian que luchar por sí solos contra los franceses, con los restos de las fuerzas prusianas, que consistian en unos treinta mil hombres, la mayor parte de ellos prisioneros que se nos habian escapado, el ejército ruso cuyas bajas se cubrieron con nuevas tropas, los suecos y el cuerpo que los ingleses se comprometieron á enviar á Pomerania. Los soldados del general Benningsen continuaban en su estado de cruel penuria, y mientras que Napoleon sabia sacar de un país enemigo recursos en abundancia, el gobierno ruso no sabia como aplacar el hambre devoradora de su ejército, apesar de hallarse en medio de un país amigo, y tener

medios considerables de navegacion. Aquel infortunado ejército sufría y se quejaba, pero al ver en Bartenstein á su jóven soberano, mezclaba á sus gritos de dolor otros de cariño, y le engañaba prometiéndole con sus vitores mas de lo que podia hacer en pro de la politica y la gloria del imperio moscovita. Aunque ignorante, juzgaba bastante bien lo inútil de aquella guerra, pero pedia se le dejase avanzar, aunque solo fuese para conquistar viveres, siendo esto causa de que los soberanos se trasladasen uno á Tilsit, y otro á Königsberg, donde debian esperar el resultado de la campaña dejando á sus generales órden de tomar cuanto antes la ofensiva.

El general Benningsen se habia situado en la parte alta del rio Alla, ó lo que es lo mismo en Heilsberga, donde á imitacion de Napoleon, formó un campo atrincherado, creó algunos almacenes muy mal surtidos, y preparó el terreno para dar una batalla defensiva, si Napoleon era el primero que entraba en accion. Por lo demas, podia reunir bajo su mano cerca de cien mil hombres, y fuera de esa masa principal, tenia á su izquierda en el rio Narew un cuerpo de diez y ocho mil hombres, mandados al principio por el general Essen, y despues por el general Tolstoy; á la derecha cerca de veinte mil hombres que se componian de la division de Kamenski, la cual habia regresado de Weichselmünde, y del cuerpo prusiano de Lestocg; y por último, en Königsberg tenia algunos depósitos, lo que constituia un ejército de ciento cuarenta mil hombres, esparcidos desde Varsovia hasta Königsberg, aunque habia cien mil reunidos á orillas del Alla,

frente por frente á nuestros cantones del Passarge. Además el general Labanof, llevaba un refuerzo de treinta mil hombres, sacados de lo interior del imperio; pero aquellas tropas no debían llegar al teatro de la guerra sino cuando ya se hubiese dado principio á las operaciones.

Aunque aquel ejército podía presentarse con confianza delante de cualquier enemigo, no podía pelear con probabilidades de buen éxito contra el ejército francés de Austerlitz y Jena, al cual era por otra parte muy inferior, en número, desde que Napoleón había tenido tiempo de sacar de Francia é Italia las nuevas fuerzas cuya larga enumeración hemos hecho anteriormente.

Con efecto, Napoleón acababa de recoger el fruto de sus incesantes afanes y admirable previsión, y armado, bien mantenido y reforzado con nuevos reclutas su ejército, se hallaba en estado de poder hacer frente á todos sus enemigos, tanto los que lo eran á las claras, como los que estaban prontos á declararse al primer suceso trágico que ocurriese. A su espalda tenía al mariscal Brune, con quince mil holandeses reunidos en las ciudades anseáticas; catorce mil españoles que habían salido de Liorna, Perpiñan y Bayona, y se hallaban en marcha hácia el Elba; quince mil wurtembergenses empleados recientemente en conquistar las plazas de Silesia; los diez y seis mil franceses de las divisiones de Boudet y Molitor, que acababan de llegar á Alemania; diez mil hombres de los batallones que guarnecían á Hameln, Magdeburgo, Spandau, Custring y Stettin, y por último el nuevo contingente pedido á la confederación del Rin. Es decir, que el mariscal Bru-

ne tenía á sus órdenes un ejército de cerca de ochenta mil hombres, que en caso necesario podía llevarse hasta ciento ó ciento diez mil, con los veinte y cinco mil soldados veteranos sacados de las costas de Francia.

Las tropas francesas que estaban cansadas, y los aliados en quienes menos confianza se tenía, daban la guarnición de Dantzig, ó seguían bloqueando á Colberga y Grandentz; dos nuevos cuerpos compensaban en el Vistula la disolución del de Augereau, cuales eran, según ya hemos visto los de los mariscales Mortier y Lannes, el primero de cuyos cuerpos, esto es el de Mortier, se componía del regimiento número 4.º de ligeros, los 15 y 58 de línea, y el municipal de París, que formaban la división de Dupas, así como de parte de los regimientos polacos recién creados; y el segundo, esto es el de Lannes, constaba de los famosos granaderos y cazadores de Oudinot, y los regimientos número 2.º y 42 de ligeros, y 3.º y 72 de línea, pertenecientes á la división de Verdier, debiendo los sajones constituir la tercera división del cuerpo de Lannes. Aquellos dos cuerpos se hallaban en los diferentes brazos en que se divide el Vistula por la parte baja, estando situado uno en Dirschau, y otro en Marienburgo, y el de Mortier podía presentar en fuego once ó doce mil hombres, así como el de Lannes quince mil, aunque su número nominal era mas considerable.

Allende el Vistula, y frente al enemigo, poseía Napoleón cinco cuerpos, además de la guardia y la caballería de reserva.

Ocupando Massena al mismo tiempo que el río Narew, el Omuleff, y teniendo la derecha cer-

ca de Varsovia, el centro en Ostrolenka, y la izquierda en Neidenburgo, guardaba el otro extremo de nuestra línea, con treinta y seis mil hombres, veinte y cuatro mil de los cuales estaban prontos á combatir, figurando en este número seis mil bávaros.

En el hueco que quedaba entre Massena y los cantones del Passarge, patrullaba continuamente, ya por los bosques, ya por los pantanos que hay en aquel país, un cuerpo de polacos recién formado, esto es, el de Zayonschek, compuesto de cinco á seis mil hombres, de caballería en su mayor parte, y que aunque nominalmente pertenecía al cuerpo de Mortier.

Por último, detrás del Passarge estaban acantonados los cuerpos de los mariscales Ney, Davout, Soult y Bernadotte.

Ya hemos hecho una descripción del Passarge y el Alla, rios que nacen uno cerca de otro, de los muchos lagos que hay en aquel país, pero el primero de los cuales corre á nuestra izquierda perpendicularmente hácia el mar, mientras que el segundo en derechura delante de nosotros, y perpendicularmente hácia el Pregel, con lo cual forman ambos un ángulo; uno de cuyos lados ocupábamos nosotros y los rusos el otro. Cada uno de los dos ejércitos estaba formado, por lo demás, de un modo diferente en los lados de aquel ángulo, pues nosotros guarnecíamos el Passarge en toda su estension, que es de unas veinte leguas, desde Hohenstein hasta Braunsberga, y los rusos al contrario, con el fin de hacernos frente, se habian concentrado en la parte alta del Alla, cerca de Heilsberga.

El mariscal Ney, situado en el remate de aquel ángulo poco regular, como todos los que traza la naturaleza, ocupaba á un mismo tiempo el Alla y el Passarge, por Guttstadt y Deppen, con un cuerpo de veinte y cinco mil hombres, que podía suministrar diez y siete mil combatientes, tropa incomparable y digna del gefe que la mandaba.

En la misma altura, pero un poco detrás, se hallaba el mariscal Davout como Ney entre el Alla y el Passarge, entre Allenstein y Hohenstein, flanqueando á aquel, é impidiendo cogiese el enemigo la vuelta al ejército y penetrase hácia el Vistula por Osterode. Su cuerpo, modelo de disciplina y firmeza, y que era una imágen del gefe que lo mandaba, podía presentar en batalla treinta mil hombres de cuarenta mil de que se componia, porque, aquel mariscal era el que siempre tenia á sus órdenes mas gente á propósito para combatir, gracias á su vigilancia y vigor. El mariscal Soult, colocado á la izquierda de Ney, guardaba en Liebstadt la parte media del Passarge, teniendo puestos atrincherados en los puentes de Pittehn y Lomitten, y disponia de treinta á treinta y un mil hombres vivos y efectivos, á pesar de que su cuerpo constaba de cuarenta y tres mil. El mariscal Bernadotte defendia la parte baja del Passarge, desde Spanden á Braunsberga, con treinta y seis mil hombres, veinte y cuatro mil de los cuales estaban dispuestos á marchar; y la brillante division de Dupont ocupaba á Braunsberga y las avenidas del mar, ó Frische-Haff.

En fin, entre el Passarge y el Vistula, en una comarca sembrada de lagos y pantanos, se hallaba el cuartel general de Finkenstein, en que Na-

poleon estaba acampado en medio de su guardia, compuesta de ocho á nueve mil combatientes vivos y efectivos, de doce mil que eran. Algo mas atrás, y á la izquierda andaba esparcida por las llanuras de Elbinga la caballería de Murat, que comprendia toda la del ejército, á escepcion de los húsares y cazadores que se dejaron en cada cuerpo, como medio de proteccion, y que de treinta mil ginetes podia presentar veinte mil prontos á montar á caballo.

Tales eran las fuerzas de Napoleon, quien contaba con mas de cuatrocientos mil hombres entre franceses y aliados, desde el Rhin al Pasarge, y desde Bohemia al Báltico, con las tropas que estaban de marcha ó ya habian llegado al teatro de la guerra, las que tenia á su espalda ó dispuestas á tomar la ofensiva, y los soldados inválidos, heridos ó enfermos. Considerando únicamente las fuerzas con que iba á entrar en accion, y dejando á un lado el cuerpo de Massena, que estaba destinado á guardar el rio Narew, puede decirse que tenia á mano seis cuerpos, esto es, los de los mariscales Ney, Davout, Soult, Bernadotte, Lannes y Mortier, y ademas la caballería y la guardia, los cuales componian ciento sesenta mil combatientes, aunque, en los estados figuraban doscientos veinte y cinco mil (1).

(1)	Fuerzas nominales.	Idem efectivas.
Ney.	25,000.	17,000.
Davout.	40,000.	30,000.
Soult.	43,000.	31 ó 32,000.
Bernadotte.	36,000.	24,000.
Murat	30,000.	20,000.

Pero el tomar la ofensiva trae consigo el inconveniente de que cuanto mas se avanza, tanto mas se disminuye la fuerza de los ejércitos con el cansancio, la diseminacion y la necesidad de resguardarse. Supongamos por un momento que esos cuatrocientos mil hombres tuviesen que regresar al Rhin, no de resultas de una derrota, sino por un cálculo de prudencia, y no podremos menos de conocer, que esceptuando los enfermos, cada hombre hubiera proporcionado un combatiente, cuando en el Vistula, por el contrario solo podia combatir menos de la mitad. Supongamos que hubiesen andado doscientas leguas mas, y veremos que únicamente la cuarta parte podia presentarse delante del enemigo; y eso que el que guiaba aquellas masas era el mayor organizador que ha existido jamás. Demos, pues, gracias á la naturaleza de las cosas, porque ha dispuesto que sea mas difícil atacar que defenderse.

Empero los ciento sesenta mil hombres que Napoleon tenia á su disposicion, despues de cubrir suficientemente sus flancos y retaguardias, se

	Fuerzas nominales.	Idem efectivas.
La Guardia.	12,000.	8 ó 9,000.
Lannes.	20,000.	15,000.
Y Mortier.	15,000.	10,000.
	221,000	155,000

Agregando á esta suma los polacos que mandaba Zayonchek, y que serian cinco mil vivos y efectivos, aunque nominales fuesen siete ú ocho mil, tendremos un total de ciento sesenta mil combatientes, si bien ascendia el número nominal á doscientos veinte y seis mil.

hallaban todos en las filas, al paso que si aplicásemos al ejército ruso el mismo modo de contar, veríamos que de seguro no tenía ciento cuarenta mil hombres. Además, los soldados de Napoleón estaban completamente descansados, perfectamente mantenidos, vestidos según convenía á la guerra, es decir, abrigados y calzados, y bien provistos de armas y municiones. La caballería sobre todo, que se había repuesto en los llanos de la parte baja del Vístula, y remontándose con los mejores caballos de Alemania, hacia dos meses que se ocupaba en continuos ejercicios, y ofrecía un aspecto tan soberbio que queriendo Napoleón verla reunida en una llanura, se trasladó á Elbinga para pasarle revista; diez y ocho mil caballos, enorme masa movida nada más que por un jefe, esto es, el príncipe Murat, maniobraron delante de él durante todo un día, y tanta admiración le causaron á pesar de lo acostumbrado que estaba á ver grandes ejércitos, que al escribir una hora después á sus ministros, no pudo menos que elogiarles el hermoso espectáculo que acababan de presenciar sus ojos en los llanos de Elbinga.

Con una prevision de que tuvo grandes motivos para felicitarse á sí mismo, exigió Napoleón que desde 1.º de mayo saliesen todos los cuerpos de las aldeas en que estaban acantonados, para acampar por divisiones, al alcance unas de otras, en sitios bien escogidos y detrás de buenas obras de campaña. Este era el verdadero medio de que el enemigo no le sorprendiese, pues todos los ejércitos que han sido asaltados de improviso en sus cuarteles de invierno, han sufrido tal contratiempo por tener diseminadas acá y allá tropas que se

han separado del centro comun para buscar donde alojarse, y vivir á su sabor. Un ejército que hallándose en semejante posición sea atacado de pronto, puede perder antes de que tenga tiempo de reunirse, la mitad de su fuerza en cuanto al número, y por lo que hace á territorio, provincias y reinos enteros, de suerte, que no podía ser más prudente la precaución de acampar; pero sin embargo, era difícil de conseguir, no solo de los soldados, sino de los jefes, pues tenían que dejar buenos cantones donde cada cual había acabado por establecerse con entera libertad, y que recibir de las provisiones víveres que encontraban con más seguridad en aquellos sitios. Napoleón lo exigió, no obstante, y á los diez ó quince días, todos los cuerpos estaban acampados en chozas, protegidas por obras de tierra ó inmensos derribos de árboles, maniobrando diariamente, y habiendo recobrado, gracias á su reunion en masa, la energía del espíritu militar, energía que varía hasta lo infinito, crece ó mengua, no solo con la victoria ó la derrota, sino con la actividad ó el reposo, con todas las circunstancias en fin, que ensanchan ó encogen el corazón humano, como si fuese un resorte.

La naturaleza, tan sombría en aquellos climas durante el invierno, pero que en ninguna parte carece de hermosura, sobre todo, cuando el sol le devuelve en la primavera la luz y la vida, convidaba á los hombres á moverse; los caballos tenían pasto en abundancia, que permitían dedicar todos los medios de conducción á la subsistencia de las tropas; y los dos ejércitos se hallaban en presencia uno de otro á tiro de cañón, maniobran-

do algunas veces á su misma vista, sirviéndose recíprocamente de espectáculo, y absteniéndose de tirar, porque ambos estaban seguros de que pronto se pasaria de aquella tranquila actividad á una lucha sangrienta. De una y otra parte se esperaba la próxima renovacion de las hostilidades, y todos se mantenian en guardia por temor de ser sorprendidos, sucediendo tambien un dia que á la caída de la tarde se oyó hácia Braunsberga, punto que ocupaba la division de Dupont, un ruido confuso de voces, como si se acercara un cuerpo numeroso de tropas. Los gefes acudieron al instante creyendo que al fin iba á empezar el ataque contra los cantones, y que los rusos tomaban la iniciativa; pero cuando se aproximaron al sitio de donde salia el ruido, vieron á los rusos contemplando con gran alborozo una multitud de cisnes silvestres, que se bañaban en las aguas del Passarge, cuyas orillas están llenas de ellos. (1)

Sin embargo, así que Napoleon regresó de Dantzic y Elbinga, viendo que nada le faltaba ya entre el Vístula y el Passarge, resolvió ponerse en movimiento el dia 10 de junio para dirigirse hácia el Alla, seguir rio abajo, separar á los rusos de Kœnigsberg, tomar esta plaza delante de ellos y rechazarlos hácia el Niémen. Con este objeto mandó que para el espresado dia se racionase cada cuerpo de ejército con pan ó galleta para dos semanas, debiendo llevar los soldados raciones para cuatro dias en la mochila, y diez en los car-

(1) Estos pormenores están tomados de las Memorias militares del general Dupont, que son sumamente interesantes y aun no se han publicado.

ros; pero mientras se preparaba para volver á dar principio á las hostilidades, los rusos que estaban decididos á ganarle la delantera, determinaron poner en movimiento su ejército, cinco dias antes que el suyo. Se comprende que hubieran arrojado todos los azares de la ofensiva, cuando se trataba de salvar á Dantzic; pero que cuando ningun interés urgente les obligaba á apresurarse, se atrevieran á acometer á Napoleon en posiciones estudiadas desde mucho tiempo antes, así como defendidas con esmero, y esto únicamente porque nos hallábamos en la primavera, solo puede concebirse en un general que obrase sin reflexion, y se dejase llevar de vagos instintos mas bien que de una razon ilustrada. Aunque el enemigo hubiese estado seguro, que no lo estaba en manera alguna, de que las operaciones tendrian un buen resultado, oponiendo entonces tropas rusas á las francesas, nunca hubiera sido buen plan tomar la ofensiva contra Napoleon, situado como estaba en el Passarge, pues era cometer una serie de locuras atacar por mar, y tratar de apoderarse de Braunsberga, en la parte baja del Passarge, para ir en seguida á tropezar contra la parte baja del Vístula y Dantzic, cuya plaza ocupábamos. En cuanto á atacar por el lado opuesto, es decir, volver á subir el Alla, pasar por el punto donde nacen este rio y el Passarge, cogernos la vuelta por la derecha y deslizarse entre el mariscal Ney y el cuerpo de Massena, en el espacio que guardaban los polacos, era precisamente lo que deseaba Napoleon; pues en este caso subia por su izquierda, se colocaba entre los rusos y Kœnigsberg, los cortaba de su base de operacio-

nes y los arrojaba en las intrincadas breñas que hay en lo interior de Polonia. De consiguiente, de tomar la ofensiva, tenía el enemigo que correr grandes riesgos, sin que se presentase á su vista ni un resultado ventajoso que poder alcanzar. La única conducta racional que podía adoptar el general ruso, la única cuyo buen acierto acreditó despues la esperiencia, desgraciadamente contra nosotros, era preciso esperar á Napoleon en el Pregel apoyando la derecha en Königsberg y la izquierda en Vehlau, defender bien aquella línea, replegarse en buen orden si se perdía, hácia el Niémen, atraer á los franceses á las hondanadas del imperio, evitando las grandes batallas, oponiéndoles de este modo un obstáculo temible, cual es el de las distancias, y negándoles la ventaja de que alcanzaran ruidosas victorias.

Pero el general Benningsen que habia prometido á su soberano sacaria de la batalla de Eylau las consecuencias mas brillantes, y no tardaria en indemnizarle ámpliamente de la toma de Dantzic, no podia prolongar por mas tiempo la inacción que observó mientras duró el sitio de aquella plaza, y creyéndose obligado á tomar la iniciativa, concibió el proyecto de arrojarse sobre el mariscal Ney, quien por lo muy avanzada que estaba su posición, se prestaba á las sorpresas mas que ningun otro. Efectivamente, queriendo tener Napoleon bajo su dominio no solo el Passarge hasta donde nace, sino la parte alta del Alla, á fin de ocupar el remate del ángulo que describen dichos rios, colocó al mariscal Ney en Guttstadt, á orillas del Alla. Cualquiera, pues, que no conociese las precauciones que se tomaron para cor-

regir el inconveniente que al parecer resultaba de semejante situacion, hubiera creído que Ney estaba en el aire; pero todo estaba preparado de antemano para concentrar de pronto las tropas. Al mariscal Ney se le habia indicado que se retirase hácia Deppen, el mariscal Davout hácia Osterode, el mariscal Soult hácia Liebstadt y Mohrungeu, y el mariscal Bernadotte hácia Preuss-Holland; y si el enemigo insistia, andando unos y otros una jornada mas, debian reunirse en Saalfed, con la guardia, Lannes, Mortier y Murat, en un laberinto de lagos y bosques, cuyas salidas conocia Napoleon únicamente, y donde preparaba un desastre al adversario imprudente que fuese á buscarle allí.

Sin penetrar ninguna de estas combinaciones, el general Benningsen resolvió apoderarse del cuerpo del mariscal Ney, para lo cual adoptó las disposiciones que creyó oportunas. Dirigió, pues, contra Ney la mayor parte de sus fuerzas, limitándose á hacer simples alardes contra los demas mariscales, y dispuso que tres columnas y aun cuatro, si se cuenta la guardia imperial, acompañadas de toda la caballería, subieran el Alla, y acometieran al mariscal Ney, de frente por Altkirch, por la izquierda por Wolfsdorf, y por la derecha por Guttstadt, mientras que llenando Platow, hetman de los cosacos, con sus exploradores, el espacio que nos separaba del rio Narew, y forzando con infantería ligera, el Alla por cima de Guttstadt, procuraba deslizarse entre los cuerpos de Ney y Davout. Durante este tiempo la guardia imperial mandada por el gran duque Constantino, debia situarse de reserva detras de las tres co-